

CAPÍTULO 40

El pensamiento psicológico y social en España

JULIO SEOANE

Sociología y psicología atraviesan de parte a parte el campo de las ciencias sociales y hasta un poco más allá, en la medida en que la psicología también recurre a la fisiología y la biología en muchos momentos. Pero antes que ciencia son pensamiento sobre uno mismo y sobre la propia comunidad, al menos así empezaron en el siglo XIX para convertirse luego en ciencias, sea eso lo que sea, y desarrollarse plenamente como tales en el siguiente siglo. Y España no fue una excepción en ese proceso como tampoco lo fue en hacerlo de forma peculiar, según sus costumbres y avatares históricos, al igual que ocurrió en todos los países de nuestros alrededores.

Sin embargo, no es éste el momento ni el lugar para hacer un recorrido minucioso a través de tendencias, teorías y autores de la psicología y sociología en la España del siglo XX, entre otras razones porque ya existen estudios y obras suficientes que realizan esta labor. Ahora sólo pretendemos roturar el campo, hacer escrituras y sopesar la herencia recibida, que ya es mucho teniendo en cuenta lo que nos queda por hacer en estos primeros años del nuevo milenio. Veamos algunos ejemplos de esta labor.

Para empezar, llama la atención que los sociólogos, especialmente los más cercanos y reconocidos, detienen con frecuencia su actividad y reflexionan sobre la situación de su disciplina, casi siempre bajo el tí-

tulo de «la sociología en España» o alguna variante similar, incluyendo el de «sociología de la sociología». Por el contrario, los psicólogos propiamente dichos raramente lo hacen y cuando ocurre son historiadores más que psicólogos, salvo algunas excepciones, quienes se ocupan de esta labor. Parece que el sociólogo, al menos en España, está más preocupado por la identidad y las crisis de su disciplina, mientras que el psicólogo está más orientado hacia la actividad académica y profesional sin pararse mucho a considerar su situación. Quizá sea esto lo que explica que existan en la actualidad unas noventa cátedras de sociología frente a las casi trescientas de psicología.

Al margen de estas diferencias de actitud hacia uno mismo, los dos campos tienen muchos aspectos en común. Ambos buscan su mito de origen en la primera cátedra universitaria y ambos lo encuentran por la misma época, por un lado en Manuel Sales y Ferré en 1899 por sociología y, por otro, en Luis Simarro en 1902 por psicología. Escasamente tres años de diferencia, como puede observarse, un nacimiento nada tardío si lo comparamos con Estados Unidos, más avanzados que otros países europeos en este terreno, donde algunos señalan a William Graham Sumner en 1904 como primer catedrático de sociología, aunque otros (Collier *et al.*, 1991) se remontan a 1891 con F. H. Giddings, mientras que en psicología parece ser G. Stanley Hall en 1884 el primer designado.

Pero existen también entre ambas disciplinas una serie de nombres comunes y orientaciones de pensamiento, tanto en su origen como en su desarrollo, relacionados con otros campos afines como filosofía, medicina, economía, derecho o historia. La lista es tan larga que no merece la pena detallarla, pero algunos ejemplos dispares pueden resultar especialmente significativos. Por ejemplo, Jaime Balmes (1810-1848), citado por unos y otros como un precursor en tanto que trata elementos psicológicos de su tiempo (Carpintero, 2004) y también como iniciador de una cierta sociología positiva, tesis que hasta defiende Manuel Fraga en 1955 en un trabajo titulado *Balmes, fundador de la Sociología positiva en España*, incluso se crea dentro del CSIC el Instituto Balmes de Sociología por los años cuarenta y no desaparece hasta los noventa del siglo pasado (Campo, 2001). Otro autor común, repetido y constante en ambas disciplinas, es Ortega y Gasset (1883-1955) que representa el inicio de un pensamiento propio en la sociedad de su tiempo, con la esperanza puesta en una generación de discípulos y afines, inicio y esperanza que desaparecen definitivamente con la Guerra Civil. Como también es un lugar común para psicólogos y sociólogos el krausismo, esa especie de fermento puritano de nuestra sociedad —en

afortunadas palabras de Gómez Arboleya (1958)—, que acentúa la afirmación de la conciencia y el desarrollo armónico de la personalidad individual, sigo citando, y que sirvió para compensar del desamparo externo y refugiarse en una especie de despliegue metafísico de la libertad, mediante las contribuciones del científico convertido en apóstol redentor o pedagogo. Su aportación a nuestras disciplinas, añadido por mi parte, llegó a destacar la importancia de lo empírico y positivo, como todas las doctrinas que teniendo clara y cerrada la concepción del hombre y la sociedad se aproximan sin reservas a los datos con la esperanza fundada de confirmar sus creencias.

En fin, sirva de ejemplo lo anterior para afirmar una larga lista de orientaciones y autores comunes, que nos permita destacar a continuación las muchas diferencias que existen en el desarrollo de la sociología y la psicología a lo largo del siglo xx, especialmente en su segunda mitad. Solamente conviene señalar dos hechos más que influyen en nuestra evolución, repetidos hasta la saciedad pero no por ello menos importantes, y que nos liberan de posterior consideración especial. Por un lado, la Guerra Civil significó un corte radical con todo lo anterior, además de tragedia y exilio, pero todavía más importante para el pensamiento psicológico y social fueron los años de franquismo posterior que, al margen de derivadas y matizaciones interesantes e interesadas, fueron de catolicismo social para unos y psicológico para otros. Resulta difícil una evaluación desapasionada del trabajo de nuestras disciplinas en esa época (Giner, 1977) y hasta dónde llegan las secuelas que quedan todavía en la actualidad. La transición es el otro hecho significativo, en ningún caso el otro lado de la misma moneda, porque fue más una transfiguración que una transición, un cambio de aspecto que un cambio repentino de modo de ser o de estar, puesto que comenzó por los años sesenta, cuando ya estaba clara pero no definida la salida de España hacia el exterior y se transforma paulatinamente la fisonomía individual y colectiva de todos los que perciben el futuro, y termina también poco a poco, en etapas sucesivas, cada vez más pequeñas pero todavía significativas. En esto habría que sentir como Parsifal, sólo nos hemos trasladado un poco y, sin embargo, parece que nos hemos alejado mucho.

Al margen de cualquier otra consideración, las tensiones y transformaciones de la sociología y la psicología del siglo xx español constituyen una de las manifestaciones más apasionantes y representativas de la esperanza en un futuro, precisamente el futuro de nuestra sociedad actual.

1. SOCIOLOGÍA, LA ILUSIÓN DE UN PORVENIR

Intentar clasificar en etapas el desarrollo de la sociología española a lo largo del siglo xx es una actividad repetida en múltiples ocasiones, siempre sugestiva, pero excesivamente sujeta a perspectivas distintas difíciles de casar entre sí. En cualquier caso, resulta interesante y especialmente representativa la establecida por Salustiano del Campo (2001) que establece como primera institucionalización la cátedra de Sales y Ferré (1899), la segunda etapa representada por el catolicismo social de Severino Aznar, catedrático en 1916; la tercera y última institucionalización la centra en la figura de Gómez Arboleya (1954) para «desembocar finalmente en el poliparadigmatismo actual». Otras clasificaciones anteriores, como la que establece Amando de Miguel (1972), prefieren centrarse en escuelas y así distingue entre la Escuela de Arboleya, la de Granada y la de Linz. Se puede encontrar un análisis y descripción de casi todos los intentos de clasificación en el trabajo de Juan Zarco (2001). De todas formas, por nuestra parte, vamos a dejar el camino de las clasificaciones y adentrarnos con más ingenuidad en el papel que representó la sociología española durante el siglo xx, pensando más en una construcción social que en una evolución interna.

Es indudable, en términos generales, que las ciencias tienen un contexto histórico y social que les proporciona sentido y oportunidad, mucho más evidente todavía en el caso de la sociología puesto que se ocupa de reflejar la sociedad de su tiempo y colaborar en su planificación y desarrollo. La sociología en Inglaterra surge con la percepción de las variaciones aleatorias de la naturaleza a lo largo y ancho del Imperio, junto con la nueva experiencia de la selección industrial en productos y trabajadores mejor o peor dotados. En Francia nace por la experiencia de un nuevo orden social y la agitación contagiosa de las muchedumbres. Alemania quiere pensar en una comunidad cultural que supere la fragmentación nacional. España no es distinta, también tiene sus razones para cultivar el pensamiento social, quiere recuperar el tiempo perdido en siglos anteriores y concibe la sociología como un instrumento de porvenir o renovación. Por supuesto que esa renovación se entiende de maneras distintas a lo largo del siglo xx y la sociología modifica sus esfuerzos en consecuencia.

A principios de siglo, por ejemplo, predomina el pesimismo del 98 y una profunda sensación de crisis que lleva a pensar en la sociología

como una herramienta nueva para estudiar los problemas, intentar reformar las estructuras y asomarse a otros países europeos. Después de varias décadas con altibajos y poca fortuna, la Guerra Civil cerró una época y poco después la II Guerra Mundial dejó en expectativa de destino a vencidos y vencedores. Ahora la renovación ya no estaba en Europa y había que reorientarla lentamente hacia América, primero con pactos y tratados, inmediatamente después enviando jóvenes estudiantes para que se entrenaran y adaptaran a las nuevas técnicas y tendencias. Y así comienza la sociología española tal y como la entendemos hoy. Después llegó la transición y se produjeron múltiples alternativas sociales y sociológicas, en parte para prepararse ante cualquier eventualidad y también para desdibujar el pasado inmediato ante la memoria colectiva. A finales de siglo, prácticamente en los años noventa, la sociología abandonó su papel de herramienta para la renovación, porque ya estaba convencida de que la sociedad se renueva a sí misma con más rapidez que el pensamiento social. Es entonces cuando se profesionaliza y sirve a múltiples intereses públicos y privados de nuestra sociedad actual.

1.1. *Renovación ante el pesimismo y la crisis*

Los comienzos de siglo en España no auguraban nada bueno, pero hay que reconocer que se realizaron múltiples esfuerzos políticos, sociales e intelectuales para controlar la sensación de desastre. Entre otros muchos elementos de esperanza, la sociología existía desde hacía algunos años como novedad intelectual que podía aportar datos y soluciones ante la situación planteada, incluso para la llamada cuestión social. Manuel Sales y Ferré (1843-1910) es catedrático de Historia en la Universidad de Sevilla, un académico de orientación filosófica, krausista de formación, que evoluciona hacia un positivismo evolucionista. Publica en 1889 unos *Estudios de Sociología* y, más adelante, un *Tratado de Sociología* en tres tomos que aparecen en 1894, 1895 y 1897. Después de su muerte publican su *Sociología general* (1912), que aborda la disciplina desde una perspectiva sistemática y científica. Este esfuerzo por introducir la problemática sociológica en nuestro país, en la misma época en que publican muchos clásicos europeos, convierte a Sales y Ferré en una figura intelectual de primer orden (Núñez Encabo, 1999). Faltaba solamente incorporarla dentro de las instituciones universitarias.

El gobierno de Sagasta, con el Partido Liberal, proporcionó el ambiente adecuado en 1898 para dotar la primera cátedra de Sociología

en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. La importancia y novedad de estos nuevos conocimientos se manifiestan en el hecho de que la cátedra está orientada exclusivamente a los estudios de doctorado. La oposición es por concurso especial, es decir, de carácter restringido entre catedráticos y, de hecho, se presentan varios procedentes de metafísica y de historia, que por diferentes motivos desean reconvertirse a la nueva ciencia. El nombramiento es para Sales y Ferré, principalmente por sus publicaciones anteriores sobre la materia, y se hace efectivo en 1899. Dos años después crea el Instituto de Sociología y dedica los años siguientes a la docencia y la actividad académica, quizá sin excesivas repercusiones prácticas y sin dejar discípulos directos que continúen su labor, pero marcando así los comienzos de la sociología como disciplina científica y como esperanza de renovación.

Son otros intelectuales de la época los encargados de desarrollar los aspectos más prácticos y aplicados de la sociología. Por ejemplo, Adolfo Posada (1860-1944), cuyo nombre completo era Adolfo González Posada y Biseca, y considerado por muchos como uno de los fundadores de la sociología en España. Catedrático de Derecho Político y Administrativo en Oviedo (1893), ciudad en la que nació y estudió, era también krausista de origen, liberal y preocupado por la reforma social hasta alcanzar una cierta sensibilidad por el socialismo. Sus actividades académicas y reformistas en Oviedo se interrumpen en 1904, cuando le ofrecen incorporarse al Instituto de Reformas Sociales que acababa de crearse en Madrid. El trabajo que realiza en el Instituto hasta 1923, cuando se produce el golpe del general Primo de Rivera, está orientado principalmente al estudio de la realidad social, utilizando todo tipo de datos demográficos, económicos y sociales sobre las condiciones de vida de los obreros, estudios que facilitan los proyectos de leyes laborales de la época, una orientación y una metodología completamente innovadora para su época. Sales y Ferré fundamenta la sociología científica y Adolfo Posada la pone en acción. A partir de 1923, retirado ya de su labor reformista, se dedica a la docencia hasta que los acontecimientos políticos lo zarandean una y otra vez, exilio incluido, y muere retirado y en silencio en su casa de Madrid.

Severino Aznar (1870-1959) significa una reacción completamente distinta ante el pesimismo y el retraso de España. Prefiere la política social desde el punto de vista de un militante católico, la reforma social desde la doctrina social católica. Aznar es periodista, estudia para sacerdote sin llegar a ordenarse, fundador de periódicos y revistas, político en grupos de la democracia cristiana, bien relacionado con los per-

sonajes de su época, bien establecido en el régimen franquista y, por el camino, también obtiene la cátedra de Sociología (1916) que había dejado vacante Sales y Ferré en 1910. Dentro de su vertiginosa actividad, nos interesa destacar que participó intensamente en el Instituto de Reformas Sociales y que, ya jubilado, dirigió desde su fundación (1943) el Instituto Balmes de Sociología, así como la *Revista Internacional de Sociología* del mismo Instituto. Resulta evidente que la principal preocupación de Severino Aznar no fue la Sociología en sí misma ni tampoco la renovación de España hacia el exterior, luchaba por una reforma social católica de la España tradicional, y hay que reconocer que consiguió poner en marcha una gran cantidad de estructuras encaminadas hacia ese objetivo que continuaron siendo eficaces mucho tiempo después, marcando así algunos aspectos del desarrollo de la sociología posterior. También es cierto que cultivó los datos, la aproximación empírica a la realidad social, principalmente desde la demografía, una actividad que —como ya comentamos al principio de estas páginas— casi nunca contradice las más diversas teorías y tendencias sociales.

Una de las consecuencias de su escasa y poco fértil actividad académica fue que, con los nuevos planes de estudio de 1943, la cátedra de Filosofía y Letras se convierte en cátedra de Ética y Sociología, proporcionando así carácter normativo a las esperanzas de renovación y terminando con toda una etapa inicial de estos estudios. Por supuesto que durante toda esta época también estuvo presente el pensamiento de Ortega, con importantes repercusiones en la reflexión social, por ejemplo, en *El tema de nuestro tiempo* (1923), *La rebelión de las masas* (1930) o en *Ideas y creencias* (1940), entre otras. Pero ese aspecto del pensamiento social se trata en otros apartados de este libro y, en cualquier caso, el punto de vista del sociólogo sobre Ortega se puede encontrar en los acertados comentarios que hace José Castillo (2001) sobre este autor.

1.2. *Renovación ante el aislamiento*

Resulta sorprendente que no se castigara la sociología durante los años de franquismo sino que, por el contrario, se potenciara en muchos aspectos. Entendida una vez más como herramienta de porvenir, como instrumento de renovación para salir del desastre, la dictadura no renuncia a la obtención de datos sociales, al diagnóstico empírico de la sociedad para alcanzar, eso sí, sus peculiares objetivos. Vencedo-

res dentro pero vencidos fuera, se produce el típico conflicto de atracción-evitación, es decir, cómo desarrollar los principios del Régimen, la España de los valores eternos, pero sin quedar aislados de las sociedades democráticas que marcan el nuevo ritmo de la historia occidental. Se sabe que este tipo de conflictos produce comportamientos erráticos y por eso surgen instituciones fundamentadas en el catolicismo más integrista que trabajan apasionadamente en informes sobre la situación social en España, o centros de profundas convicciones falanxistas donde se discuten y analizan las últimas novedades internacionales sobre teoría social. Y es por esto también que las valoraciones intelectuales sobre la época fluctúan desde percibir un tiempo de silencio hasta señalarla como la definitiva institucionalización de la sociología española. Cuando en 1953 se firman los pactos económicos y militares con Estados Unidos, se produce una sensación de alivio político junto con fuertes sentimientos de ambivalencia intelectual.

Las sociedades pueden soportar, mejor o peor, estas épocas de renovación compulsiva, pero los individuos corren el peligro de romperse en el intento. Quizá por eso Enrique Gómez Arboleya (1910-1959) es todo un símbolo de los nuevos comienzos de la sociología de posguerra. Para empezar, inicia su carrera académica en Granada, en plena Segunda República, como profesor auxiliar en la Facultad de Derecho en 1933, rodeado de amigos como García Lorca y todo su grupo, también secretario personal de Manuel de Falla, y otras personas conocidas de la época. Sin embargo, su plenitud docente transcurre durante los años más duros del franquismo, admirando a Zubiri y animado por su amigo Laín Entralgo, obteniendo primero la cátedra de Filosofía del Derecho en 1940, en Sevilla, y meses después trasladándose a la de Granada, para emigrar definitivamente a la Complutense de Madrid en 1948. El periplo académico se completa en 1954 cuando gana la cátedra de Sociología en la nueva Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, una sociología al margen de la iniciada anteriormente en Filosofía y Letras que, como ya comentamos anteriormente, se había convertido en sociología y ética. Gómez Arboleya termina con su vida en 1959, el 21 de diciembre, el mismo día que Eisenhower desembarca en Madrid, una coincidencia posiblemente sin significado psicológico, pero cargada de simbolismo sociológico si tenemos en cuenta el nuevo rumbo que definitivamente intentaba la sociedad española.

Gómez Arboleya no formó una escuela en sentido estricto, pero dejó huella personal e intelectual en muchos de los que se iniciaban entonces, además de algunas publicaciones significativas. Por otro lado, sus esfuerzos por consolidar la sociología no se hicieron en soli-

tario, hubo otros autores, publicaciones y trabajos que contribuyeron de forma importante a esta labor, como por ejemplo la *Sociología: teoría y técnica* (1941) de José Medina Echavarría, el *Tratado de Sociología* (1947) de Francisco Ayala o las *Lecciones de Sociología* (1948) de Luis Recaséns, por mencionar tres que cita especialmente el mismo Arboleya. Sus propias publicaciones tienen un especial interés como ocurre con *Historia de la estructura y del pensamiento social* (1957) o, junto con Salustiano del Campo, *Para una sociología de la familia española* (1959), sin mencionar otras varias que se alejan más de la sociología en sentido estricto.

En la época de Arboleya también se crean algunas instituciones que tendrán una especial relevancia para el desarrollo de la sociología, como por ejemplo el Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos y especialmente el Instituto de Estudios Políticos y su *Revista de Estudios Políticos*. El Instituto se creó en 1939 como órgano de la Junta Política de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, y sus objetivos principales eran realizar cursos y publicaciones. Desde la fundación y hasta su desaparición en 1977, sus directores fueron Alfonso García Valdecasas (1939-1943), Fernando María Castiella (1944-1948), Francisco Javier Conde (1948-1956), Emilio Lamo de Espinosa (1956-1961), Manuel Fraga (1961-1962), Jesús Fueyo Álvarez (1962-1970), Luis Legaz Lacambra (1970-1974) y Jesús Fueyo Álvarez (1974-1977).

El Instituto tuvo una gran actividad y protagonismo, especialmente en sus primeras etapas, y muchos de sus alumnos y becarios ocuparon puestos relevantes en años posteriores. Entre el profesorado que en distintos momentos pasó por los cursos del Instituto estuvieron, por ejemplo, el propio Gómez Arboleya, Luis Díez del Corral, Carlos Ollero Gómez, José Mallart, Enrique Lafuente Ferrari, Julio Caro Baroja, Fernando Chueca Goitia, Manuel Jiménez de Parga, José Antonio Maravall, Enrique Tierno Galván y otros muchos.

Desde mediados de los años cincuenta, como consecuencia de los pactos económicos y militares con Estados Unidos, comenzaron a funcionar diversos tipos de ayudas y becas para enviar a jóvenes profesionales a las principales universidades norteamericanas con el firme propósito de ponerlos al día en las nuevas técnicas y orientaciones. Gómez Arboleya había viajado y estudiado en Alemania, fue invitado por algunos países de América Latina y después estuvo en París y Londres, preocupado desde entonces en actualizar sus conocimientos en técnicas e instrumentación científica. Ahora era distinto, a finales de los años cincuenta se enviaba a los becarios directamente a los santuarios de la sociología americana, Columbia, Chicago, Michigan, especial-

mente al conocido Institute for Social Research de Ann Arbor, y otros centros semejantes de reconocido prestigio. No eran viajes, eran becas a plazo fijo, de ida y vuelta, y casi todos volvían, salvo alguna excepción. Por este procedimiento se introdujo en España lo que se denominó como funcionalismo sociológico, algo relativamente concreto en un manual al uso pero que tiene múltiples significados en la interpretación teórica, y que en la práctica se convirtió en una especie de positivismo científico, que prestaba especial relevancia a los sondeos y a los métodos estadísticos.

La cátedra de Gómez Arboleya quedó vacante durante algún tiempo, seguramente a la espera de algo o de alguien, pero a cambio apareció una en Barcelona y otra en Bilbao. Ambas se cubrieron en 1962, en una oposición presidida por Manuel Fraga, de tal forma que la de Barcelona la obtuvo Salustiano del Campo, y José Jiménez Blanco, la de Bilbao. Salustiano del Campo (1931) estuvo especialmente relacionado con el ya mencionado Instituto de Estudios Políticos y desde allí fue enviado como becario a Chicago de 1955 a 1957, donde se formó y contactó con reconocidos profesores de esa escuela, una de las primeras de la sociología americana. Después de pasar unos años en la cátedra de Barcelona, consiguió por oposición de 1967 la que había ocupado Gómez Arboleya en Madrid. Salustiano del Campo ha tenido y tiene una gran importancia en el desarrollo de la sociología española actual; su libro *Sociología científica moderna*, resultado de su memoria de cátedras, está considerado por muchos y hasta por él mismo como la incorporación española al funcionalismo y a la sociología empírica. A lo largo de sus múltiples publicaciones, destaca una línea de preocupación constante sobre la transformación de la familia española, un tema que le permite mostrar una sensibilidad moderada hacia los cambios de la sociedad española, aunque siempre dentro de un tono conservador. Su intensa actividad académica durante varias décadas le ha proporcionado un gran impacto e influencia en alumnos, discípulos, tesis doctorales y varias generaciones de catedráticos que reconocen y agradecen su dilatada labor docente.

En cuanto a José Jiménez Blanco (1930-2009), surgió del mundo del Derecho, como casi todos en esta época, auspiciado por Francisco Murillo, catedrático de Derecho Político, y encaminado posteriormente hacia la filosofía de Zubiri. Realizó un largo periplo académico que comenzó en Granada, siguió por Valencia, luego Bilbao, destinado por la oposición ya mencionada de 1962 a cátedras de sociología, Málaga, vuelta a Valencia, y ya en 1969 obtuvo el traslado a Madrid, en principio a la Universidad Autónoma y, más tarde, en 1979, definitivamente

a la Universidad Complutense. Un amplio recorrido, bastante frecuente por entonces, que le permitió incidir en la docencia de muchas y diversas generaciones, no sin antes realizar el obligado viaje iniciático a Estados Unidos, que en este caso fue a Michigan en 1959. Al margen de un bagaje intelectual más amplio, Jiménez Blanco también fue un funcionalista de la época pero más moderado que el representado por Salustiano del Campo, y destacó especialmente por la introducción de Talcott Parsons en la sociología española y por una mayor apertura y comprensión hacia otros puntos de vista sociológicos, como lo demuestra en *Teoría sociológica contemporánea* (1978), obra colectiva que dirigió junto a Carlos Moya y que amplía las alternativas del momento con perspectivas críticas, interaccionismo simbólico y otros puntos de vista poco representados y reconocidos hasta el momento.

El hecho de que durante más de sesenta años la sociología en España pasara de tener una sola cátedra a conseguir dos, aun teniendo en cuenta que no todo el desarrollo científico e intelectual gira alrededor de la universidad, indica que nos ilusionamos pronto pero no teníamos muy claro su porvenir. También es cierto que a partir de esos años, la década de los sesenta, la situación se acelera radicalmente. En 1967 se incorpora a la lista de catedráticos de sociología Enrique Martín López (1934) y, en 1969, Luis González Seara (1936). Por último y completando la lista de los nacidos antes de finalizar la Guerra Civil, la mayor parte todavía en activo en la universidad, ocupan cátedras de sociología en 1971 Juan Díez Nicolás (1938), Amando de Miguel (1937), Carlos Moya (1936) y José Castillo (1931).

Es evidente que, al margen de que estos catedráticos influyeron de forma decisiva en la configuración actual de la sociología española, había por esa época otros muchos sociólogos que, por distintas razones, se incorporaron más tarde a la universidad, desarrollaron su trabajo en instituciones fuera de España o simplemente discurrieron en paralelo a las instancias oficiales, pero algunos dejaron una profunda huella en el pensamiento social de nuestro entorno. Es obligado citar, por ejemplo, a Juan José Linz (1926), que partió como becario en 1950 hacia la Universidad de Columbia y terminó realizando su carrera profesional en la de Yale, especialmente interesado en la sociología política. También Juan Francisco Marsal (1928-1979), formado en Princeton, sociólogo durante mucho tiempo en Latinoamérica y receptivo siempre al pensamiento crítico. Especial mención merece Salvador Giner (1934), formado en Chicago y en la Universidad de Colonia (Alemania), posteriormente profesor en diversas universidades inglesas y con publicaciones señaladas para la sociología española.

Víctor Pérez Díaz (1938), también formado en Estados Unidos, y con una especial sensibilidad para el estudio de la sociedad civil española. Y algunos otros más sin mencionar aquí, pero que contribuyeron ampliamente dentro de esa generación de sociólogos que no participaron en la Guerra Civil y que ayudaron a romper el aislamiento de España, ya fuera a regañadientes o con pleno conocimiento del papel que estaban desempeñado.

1.3. *Renovación social*

A partir de la muerte de Franco en 1975, la sociedad española puso a prueba todos los planes de transformación que había estado ensayando desde los años sesenta, para conseguir integrarse en la comunidad internacional sin renunciar por completo a sus creencias tradicionales. La actividad frenética de las instituciones que habían colaborado con el franquismo para disfrazar su pasado produjo la aparición de múltiples grupúsculos de apariencia revolucionaria o, al menos, progresista, que perduraron hasta garantizar que su supervivencia estaba ya asegurada. Este modelo de transición, que fue muy alabado por el éxito de sus objetivos y su carácter poco cruento, exigió el agotamiento de muchos recursos humanos, especialmente dentro de las generaciones más jóvenes que participaron como verdaderos creyentes de todo el proceso. La sociología, entre otros muchos conocimientos e instituciones, también tuvo que demostrar que estaba ya preparada para este momento, participando en estrategias políticas, campañas electorales y encuestas de opinión, hasta el punto de que muchos de sus representantes ocuparon puestos de responsabilidad en la nueva etapa. Una vez roto el aislamiento de España, el tema ahora era la renovación social.

En lugar de un replanteamiento profundo del pensamiento social en función de las nuevas circunstancias, la estrategia más peculiar de esta época fue el establecimiento de nuevas asociaciones y el maquillaje de las antiguas. Por ejemplo, en 1979 se creó la Federación de Asociaciones de Sociología del Estado Español, poco tiempo después convertida en la más escueta Federación Española de Sociología. Algunas se resistieron a la reconversión durante bastante tiempo, como el Instituto Balmes de Sociología, que continuó hasta 1992, y se disolvió entonces en otras instituciones andaluzas en concierto con el CSIC. El Instituto de Opinión Pública que se había creado en 1963, bajo el amparo de Manuel Fraga en su época de ministro de Información y Tu-

rismo, y que fue dirigido y tutelado por Luis González Seara y Salustiano del Campo, desapareció en 1977 cuando lo dirigía Juan Díez Nicolás y se transformó en el actual Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), también dirigido inicialmente por Díez Nicolás. El conocido Instituto de Estudios Políticos, ya mencionado anteriormente, se suprimió y quedó subsumido en 1977 por el Centro de Estudios Constitucionales. Y muchas otras que van y vienen, en una especie de fiesta o carnaval de asociaciones e instituciones, con nuevos nombres y en gran parte con las mismas o parecidas personas.

Es necesario mencionar también una importante corriente, aunque muy diversificada, de profesionales críticos con la sociología oficial de corte positivista, ya fueran marxistas, reformadores sociales o católicos, y hasta con frecuencia las tres cosas al mismo tiempo. Aunque cada grupo, familia o tendencia tuvo su momento en años distintos, lo cierto es que casi siempre se menciona el Centro de Enseñanza e Investigación Sociológica (CEISA), creado en 1965 y conocido después bajo el nombre de Escuela Crítica de Ciencias Sociales, como la alternativa más potente de los últimos años del franquismo para enseñar e investigar otro tipo de sociología. Organizada por José Vidal Beneyto (1929), se aglutinó inicialmente alrededor de Aranguren y Tierno Galván, así como de otra serie de profesores muy conocidos entonces y ahora, hasta que la acción gubernativa lo cerró a finales de 1969. La actividad de la Escuela y de otros centros dispersos por el resto del país consiguió prestigiar hasta cierto punto distintas actitudes críticas hacia la sociología oficial, actitudes que se pusieron de manifiesto en las facultades durante los primeros años de la transición por medio del profesorado que accedía por entonces a la docencia. Aunque es cierto que la incidencia de estos grupos fue ocasional, dispersa, con frecuencia más superficial que fundamentada, también es cierto que consiguieron dejar abiertos algunos respiraderos en un pesado ambiente de dogmatismo científico, lo que facilitó la entrada de nuevas corrientes de finales del siglo. No lo sabían entonces, pero lo estaban haciendo.

La nueva generación de académicos en sociología, nacidos alrededor de los finales de la Segunda Guerra Mundial, es muy numerosa y con trayectorias profesionales muy distintas, puesto que por la década de los ochenta se abren las puertas al profesorado que había estado en precario durante mucho tiempo. La lista es tan amplia que no merece la pena relatarla, nos limitaremos a mencionar tres ejemplos muy representativos y diferenciados. Manuel Castells (1942) inició sus estudios en España, la lucha estudiantil antifranquista le obligó a terminarlos en Francia, donde acabó como profesor en la Universidad de

París, luego en la Escuela de Altos Estudios y más tarde se trasladó a Berkeley, y fue en Estados Unidos donde desarrolló la mayor parte de su pensamiento social. Sus aportaciones evolucionan desde un marxismo inteligente hacia el estudio de la cultura urbana, hasta alcanzar su plenitud en el estudio de la información y la comunicación en las sociedades avanzadas, aportaciones que le convierten en una autoridad indiscutible de la sociología internacional. El segundo ejemplo de esa generación podría ser perfectamente Emilio Lamo de Espinosa (1946), que amplió estudios en la Universidad de California, obtuvo la cátedra de Sociología en 1983, dedicado planamente a la docencia e investigación pero alternando con responsabilidades políticas ocasionales y la participación en instituciones de estrategia social e investigación aplicada. Está especialmente interesado en el análisis de la teoría social contemporánea, las relaciones entre ciencia y cultura, y es uno de los sociólogos actuales más sensibles a las nuevas tendencias de la sociedad post. Por último, el tercer modelo o ejemplo de esta generación puede representarse en José María Maravall (1942), formado en universidades inglesas, profesor en varias instituciones americanas, que obtuvo la cátedra de Sociología en 1981, interesado principalmente en sociología política, y que fue ministro de Educación y Ciencia durante el gobierno de Felipe González, destaca en especial por su entrega a las responsabilidades públicas.

1.4. *Profesionalización*

A finales de siglo, hacia los años noventa, la sociología española estaba plenamente incorporada en las instituciones y profesiones del país. El crecimiento constante de universidades, facultades y departamentos significaba también la expansión creciente de la sociología. La denominación genérica se quedaba corta y las cátedras comenzaron a tener nombres especializados, al menos en la medida en que lo permitía el vaivén de la legislación universitaria. Las nuevas generaciones de licenciados ya no se veían como instrumentos de renovación ni estaban motivados por la modernización del país, simplemente eran profesionales ilusionados con aplicar las prácticas sociales que habían aprendido durante sus estudios, ya fuera en el terreno público o en la empresa privada.

Cualquier balance del efecto de la sociología del siglo xx sobre la modernización de España siempre será ampliamente discutible. Es cierto, sin embargo, que no existió mucho pensamiento social propio,

en el mejor de los casos fue una asimilación original de las corrientes intelectuales del exterior. Quizá se pueda decir, con los excesos de toda generalización, que no fue tanto la sociología como instrumento y aplicación la que ayudó a modernizar el país, sino que el simple hecho de introducir la propia sociología significó una cierta renovación de ideas, tendencias y valores que no estaban presentes en nuestra sociedad. Una especie de efecto colateral que acompaña casi siempre a las ciencias sociales. Afortunadamente, habría que añadir.

2. PSICOLOGÍA, HACIA UNA PEDAGOGÍA SOCIAL

Si la sociología española aparece como un intento de renovar las instituciones sociales, la psicología se desarrolla en nuestro país con la pretensión de educar a los individuos que componen esa sociedad. En principio, para educar en un sentido amplio, para transformar la sociedad orientando al individuo, potenciando sus posibilidades, atendiendo su diversidad y mejorando sus relaciones. El problema es que la psicología española actuó con bastante desconexión de lo que hacía la sociología y, por supuesto, lo mismo ocurría en sentido contrario. Por eso Ortega decía en 1910 que el individuo humano lo es sólo en cuanto contribuye a la realidad social y en cuanto es condicionado por ésta; la pedagogía individual, afirmaba, será un error y un proyecto estéril. Una premisa que no se tuvo en cuenta en la implantación de ambas disciplinas.

Se dice, con demasiada frecuencia, que la psicología se introdujo en España a través de la práctica y de las aplicaciones. Una descripción cierta pero insuficientemente analizada, porque la pretensión era contribuir a una pedagogía social y no cometer el error de la pedagogía individual, aunque muchas veces, puede que excesivas, se limitó a jerarquizar a los individuos en etapas escolares, diferenciarlos mediante test de inteligencia o a la beneficencia con los entonces considerados como retrasados, es decir, a prestigiar una psicotecnia sin rumbo social ni metas colectivas.

El otro problema de nuestra psicología del siglo XX es que tuvo que crecer y cultivarse abonada por múltiples raíces. Al fin y al cabo, la sociología estaba recién acuñada a principios de siglo, mientras que la psicología ya estaba presente en los inicios de la cultura occidental. Por eso fue necesario calificar su nombre, ponerle apellidos para conocer su origen y diferenciar familias, y así fue escolástica, tomista o racional, con frecuencia moderna, contemporánea o simplemente actual, casi siempre científica cuando no experimental, y esto al margen de las distintas especialidades que fueron surgiendo, hasta un punto que resul-

taba difícil desentrañar la estructura del parentesco. La relación entre gentes y conceptos de múltiples orígenes produjo una gran riqueza intelectual, pero también problemas de convivencia, porque además de la filosofía, su pariente más cercano y siempre presente, había que contar con la fisiología para entender el funcionamiento del hombre, con la medicina en general ya fuera como modelo corporal o clínico, con la sociología para evitar al individuo abstracto, la pedagogía que aportaba elementos evolutivos y de socialización, y así una larga lista de contribuyentes y hasta de constituyentes de la psicología o, quizá mejor, de las ciencias psicológicas.

Resulta fácil entender, en consecuencia, las dificultades que surgen para establecer una historia lineal de la psicología española en el siglo pasado. Si la pretensión es abarcadora, habría que mencionar sin mucho rigor ni concierto a pioneros de la psicología junto a pensadores, neurofisiólogos, médicos, literatos, pedagogos, hasta a teólogos de la liberación o catedráticos de instituto con aficiones psicológicas. Si se prefiere una opción más reduccionista y nos limitamos a la academia y a sus cátedras, una actitud sin duda sesgada, tampoco resulta fácil porque algunos de los más relevantes no la consiguieron por avatares políticos o similares y otros que las ocuparon apenas tuvieron significación. Y además habría que recorrer diversas facultades universitarias, puesto que existió enseñanza psicológica en Ciencias, Filosofía, Medicina, Pedagogía, hasta llegar a las actuales facultades de Psicología, y aún hoy encontramos cierta dispersión en determinadas materias especializadas.

Con todo, este peculiar panorama de complejidad conceptual y profesional no impide que existan elementos comunes con el desarrollo de la sociología en España, aspectos que ya comentamos anteriormente y que evitaremos repetir ahora como, por ejemplo, la influencia inicial del krausismo, la impronta del pensamiento de Ortega o el impacto de la Guerra Civil y el franquismo posterior. En definitiva, aunque intentaremos evitarlo en lo posible, podríamos utilizar las mismas etapas planteadas en el desarrollo de la sociología, salvo que en este caso no es la renovación el concepto motriz sino las aplicaciones psicológicas con pretensiones de pedagogía social.

2.1. Las expectativas iniciales sobre un nuevo hombre

El ambiente creado en Europa por una nueva psicología, especialmente representada en la psicología experimental de Wundt, provocó fuertes expectativas entre los intelectuales españoles que habían nacido

hacia la mitad del siglo, alrededor de 1850, y que tenían entre veinte y treinta años cuando Wundt publicaba sus elementos de psicología fisiológica. La imagen de un nuevo hombre, cuyo comportamiento se explicaba por una especial relación entre la mente y el cuerpo, alejado por tanto de las concepciones metafísicas con las que convivía la psicología de la época, constituía justo la esperanza necesaria para unos pensadores que veían con pesimismo cómo se agotaba la figura histórica del español, la imagen de un hombre y de un país que había sido pero que ya no era. El nuevo hombre renacía en el laboratorio y se alejaba de la perversa historia.

Esta generación que llega a ver el fin de siglo y hasta la Primera Guerra Mundial recogerá la psicología experimental, esa que recibirá el arrogante nombre de científica, como una esperanza y como una tendencia intelectual europea entre otras varias que revitalizan la época, pero casi ninguno se dedicará a ella en exclusiva ni se verá como psicólogo en su fuero interno porque forma parte de un caldo de cultivo más amplio y complejo. Esto también significa que abundan las figuras que abrazan la nueva psicología pero profesan otros oficios, lo que impide la tentación de cualquier foto de familia.

Sin duda, la figura más representativa de este panorama es la de Luis Simarro (1851-1921), considerado por muchos como el origen remoto de nuestra psicología actual. Estudiante de medicina en Valencia y Madrid, manifestó desde joven un espíritu progresista, liberal y republicano que le llevó a participar en levantamientos políticos y debates públicos, se introdujo activamente en la Institución Libre de Enseñanza y hasta desempeñó responsabilidades significativas en la masonería (Bandrés, Llavona y Campos, 1996). Entre 1880 y 1885 permaneció en París, estudiando en el Hospital de la Salpêtrière con Charcot y otros maestros de aquel entorno. En España desempeñó diversos cargos hospitalarios y se relacionó estrechamente con Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), hasta que ambos opositaron a la cátedra de Histología de la Facultad de Medicina de Madrid (1898), que obtuvo Ramón y Cajal. Sin embargo, en 1902 consiguió la cátedra de Psicología Experimental en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, y se convirtió en el primer catedrático español de la nueva psicología. Sus publicaciones son escasas y principalmente sobre temas fisiológicos o psiquiátricos, pero su docencia y la divulgación de los trabajos europeos sobre psicología tuvieron impacto en muchos de sus alumnos, aunque casi sin discípulos.

En Barcelona también existe una aproximación hacia el nuevo hombre del laboratorio, por ejemplo a través de figuras tan peculiares

como la de Ramón Turró (1854-1926), amigo y colaborador de Jaime Pi y Sunyer (1851-1897), que conociendo el trabajo de Wundt son más críticos con su orientación y se aproximan a la postura de Paulov, pero con escasa sensibilidad hacia la psicología hasta que, más adelante, aparecen autores como Mira y López.

El pensamiento católico tampoco permitió que la concepción experimental del hombre sorprendiera y superara sus concepciones tradicionales, y así intentó asimilar las nuevas concepciones a la filosofía tomista, principalmente a través de la Universidad Católica de Lovaina, que tuvo una influencia permanente en España durante todo el siglo xx. El propio cardenal Mercier publicó unos *Orígenes de la psicología contemporánea* (1918), y especialmente el padre Marcelino Arnáiz (1867-1930) dedicó su esfuerzo a la comprensión tomista de la nueva psicología en obras como *La vida sensible* (1904), *La inteligencia* (1914) o *Cuestiones de psicología contemporánea* (1903).

Figuras tardías de esta generación de españoles que no llegaron a vivir la Guerra Civil y que colocaron sus esperanzas en el nuevo hombre del laboratorio son, por ejemplo, Eloy Luis André (1875-1935) y Juan Vicente Viqueira (1886-1924), ambos sin especial repercusión en el desarrollo posterior de la psicología pero especialmente simbólicos en la medida en que viajaron por Alemania y conocieron o participaron directamente en los trabajos que Wundt realizaba en su laboratorio de Leipzig (Mülberger, 2008), y que divulgaron posteriormente en España sus ideas y procedimientos.

2.2. *Del laboratorio a las aplicaciones*

Cuando el hombre experimental sale orgulloso del laboratorio exige aplicaciones concretas y técnicas poderosas para utilizarlas en beneficio de toda la sociedad, especialmente en medicina, en educación o en la industria, justo allí donde se están produciendo los principales cambios sociales. La psicología aplicada, la psicotecnia o las pruebas psicológicas se convierten ahora en el principal motor de esta pedagogía social. Y la generación encargada de ponerla en marcha es la que nace a partir de los ochenta, montada en los sentimientos de fin de siglo, que atraviesa la Primera Guerra Mundial y hasta sufre los rigores de la Guerra Civil.

En primer lugar, es conveniente mencionar algunos esfuerzos que el pensamiento católico realizó sobre la psicología para controlar tanto su concepción como sus aplicaciones. Ejemplos destacados son el

de Juan Zaragüeta (1883-1974) y el de Manuel Barbado (1886-1945), ambos sacerdotes, que si bien no tienen mayor importancia en cuanto a una aplicación directa de la psicología, sin embargo tuvieron un gran poder para controlarla y configurarla de tal forma que influyeron decisivamente en su desarrollo. Juan Zaragüeta ocupó desde 1932 y hasta 1952 una cátedra de psicología racional en pedagogía y filosofía de la Universidad de Madrid. Ferviente defensor del cardenal Mercier, fue durante muchos años director del Instituto Luis Vives de Filosofía del CSIC y también de la Escuela de Psicología. Su influencia en la psicología española se realizó principalmente en los estudios de pedagogía, hasta el punto de que durante muchos años se distinguía perfectamente una psicología más tradicional de origen pedagógico frente a otra más diversa y abierta en los estudios de filosofía. En cuanto a Manuel Barbado, realizó diversos estudios de filosofía, teología, biología y ciencias naturales en distintos lugares de España, para terminar enseñando Psicología Experimental en la Universidad Angelicum de Roma. En 1940 volvió a España con la instrucción específica, según García Hoz (citado en Carpintero, 2004), de orientar las investigaciones psicológicas y filosóficas dentro de los márgenes de la filosofía tradicional. Y así lo hizo ampliamente hasta su fallecimiento en 1945, ocupando en Madrid una cátedra de Psicología Experimental y dirigiendo desde el CSIC los Institutos San José de Calasanz de Pedagogía y el Luis Vives de Filosofía, así como el Consejo Nacional de Educación. Su *Introducción a la psicología experimental*, con varias ediciones entre 1928 y 1943, fue especialmente distribuida entre los ambientes católicos con principal impacto en la enseñanza media.

Una figura muy distinta y peculiar, que no tiene nada que ver con el catolicismo rampante del momento aunque tampoco está volcada a las aplicaciones psicológicas, es la de Lucio Gil Fagoaga (1896-1989). Nació y murió en Requena (Valencia), donde realizó sus primeros estudios, doctor en Filosofía y Derecho por Madrid, su tesis doctoral sobre el escepticismo de Sexto Empírico revela buena parte de su carácter y marca la trayectoria de su trabajo posterior. Se presentó, a la cátedra de Estética de Filosofía y Letras en 1919, que perdió con gran escándalo en el ambiente universitario, y obtuvo años más tarde (1923) la de Psicología, que desempeñó hasta su jubilación. Junto con sus publicaciones específicamente filosóficas, realizó una tarea considerable en psicología, fundando un laboratorio experimental en la facultad y adaptando la escala de inteligencia de Stanford-Binet, entre otras pruebas psicológicas. José Luis Pinillos, comentando sus intereses iniciales por la psicología (Saiz y Saiz, 1996), describe así a Fagoaga:

Don Lucio había estado depurado, había pertenecido a la Facultad de Filosofía de antes de la guerra, había conocido a Ortega, y tenía también un cierto toque de heterodoxia, de cultura, de secularización, distinto del clericalismo que entonces imperaba en la facultad. Aquello también me hizo un poco más simpática la psicología.

Retirado en Requena durante sus últimos años, el escéptico Fagoaga no terminó de plasmar todo su pensamiento, pero se mantuvo crítico hasta el final.

Además de Gil Fagoaga, existieron otras corrientes preocupadas por resolver necesidades sociales y menos interesadas en el control ideológico de la psicología, entre las que hay que destacar las relacionadas con la medicina y la psiquiatría. A modo de ilustración y con especial relevancia para el desarrollo futuro, podemos destacar dos nombres. Por un lado, Gonzalo Rodríguez Lafora (1886-1971), médico madrileño discípulo de Simarro y de Ramón y Cajal, entre otros, que realizó interesantes investigaciones neuropatológicas y contribuyó a la constitución de las aplicaciones psicológicas a través de la fundación de un Instituto Médico Pedagógico en Carabanchel (1925), en el que se ocupó principalmente de la deficiencia mental, y que fue uno de los fundadores de la revista *Archivos de Neurobiología* (1920), que se interesaba también por temas psicológicos y psiquiátricos. En ambas empresas consiguió reunir a un grupo de personas que serían fundamentales para la psicología posterior, como ocurre, por ejemplo, con José Germain.

El otro nombre que hay que destacar es el de Emilio Mira y López (1896-1964), una figura indispensable en el panorama de la psicología y psiquiatría española y especialmente en la catalana. Estudió medicina en Barcelona, fue el primer catedrático de Psiquiatría en España, concretamente en la Universidad Autónoma de Barcelona, y desarrolló toda la infraestructura intelectual e institucional de la psicotecnia catalana. La Guerra Civil le destinó al exilio, primero en Inglaterra y más tarde (1947) a Brasil, donde continuó con su labor hasta su muerte. Fue director del Laboratorio de Psicofisiología del Instituto de Orientación Profesional del Ayuntamiento de Barcelona, docente en medicina y pedagogía, inspector jefe de los Servicios de Psiquiatría del Ejército Republicano, fundador y director del Instituto de Psicología Aplicada de la Fundación Getulio Vargas de Río de Janeiro, entre otras muchas empresas, convirtiéndose así en el ejemplo más representativo de esta época de aplicación psicológica. Entre sus diversas obras está

un *Manual de psiquiatría* (1935), *Psicología experimental* (1955) o un *Manual de orientación profesional* (1957).

Por último, la figura puente entre esta etapa y la siguiente, de la psicología aplicada a la psicología académica actual, es indudablemente la de José Germain (1897-1986). Estudió medicina en Madrid y se interesó inicialmente por la neuropsiquiatría, consiguiendo una amplia formación de influencia francesa, inglesa y alemana. Fue ayudante de Laffont, trabajó en el Instituto ya mencionado de Carabanchel, luego en el Instituto para Reeducción de Inválidos de Trabajo y en el Instituto de Orientación Profesional, que se convertiría más tarde en Instituto Psicotécnico, y que llegó a dirigir. Participó activamente en *Archivos de Neurobiología*, fundador de la *Revista de Psicología General y Aplicada* (1946), fundador y presidente de la Sociedad Española de Psicología (1952), uno de los principales promotores de la Escuela de Psicología y Psicotecnica de la Universidad de Madrid (1953) y, de especial significado para la psicología posterior, dirigió el Departamento de Psicología Experimental del Instituto Luis Vives de Filosofía (1945), en el que reunió a su alrededor a un grupo de personas interesadas en la psicología, parte de las cuales ocuparían más tarde las principales cátedras de la universidad española, especialmente Mariano Yela, José Luis Píñillos y Miguel Siguan. Con Germain termina la época en que la psicología toma impulso para aplicarse en distintos ámbitos de la vida española para plantearse después una nueva etapa.

2.3. *La práctica teórica*

El laboratorio elaboró un concepto de hombre con el que se podía experimentar, analizar, describir y controlar, adelgazando su historia a poco más que su experiencia personal. La psicología aplicada generalizó los métodos de laboratorio para emplearlos masivamente como respuesta a problemas y necesidades de la sociedad. Ahora faltaba organizar las prácticas, dotarlas de marcos teóricos y prestigiar la psicología con la enseñanza y desde la universidad. De esto se encargó la generación nacida hacia finales de la Primera Guerra Mundial, muy jóvenes y aturridos por la Guerra Civil, y que comenzaron a desarrollar su profesión a finales de la Segunda Guerra Mundial. Conocían el pesimismo y el deterioro social y, por tanto, valoraban especialmente lo nuevo y casi todo lo que venía de fuera, los comienzos de la nueva Europa.

El grupo que Germain había reunido en el CSIC era relativamente numeroso y bastante diverso; él mismo menciona (Germain, 1980)

a Mariano Yela, José Luis Pinillos, Miguel Siguán, Francisco Secadas, Manuel Úbeda, Jesusa Pertejo, José Forteza, Alfonso Álvarez Villar y a Juan García Yagüe, entre otros varios. Todos desempeñaron algún papel en años posteriores, pero los tres primeros se convirtieron en los primeros catedráticos de la posguerra y cada uno marcó de forma peculiar el desarrollo actual de la psicología en España.

El primero en obtener la cátedra fue Mariano Yela (1921-1994), y lo hizo en 1957 con el nombre de Cátedra de Psicología General en la Sección de Pedagogía de la Universidad de Madrid, dejando claro así la necesidad y la concepción del momento, es decir, el conjunto de los conocimientos teóricos y prácticos de la época al servicio de la enseñanza y de la formación de los futuros docentes. Yela fue uno de los primeros en formarse en el extranjero, incluso antes de los pactos económicos y militares con Estados Unidos, puesto que en 1945 partió hacia América con una beca de la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, junto con otros becarios de distintas especialidades que iban tutelados por un joven jesuita llamado José Sobrino. Alojados inicialmente en la residencia de profesores de la Universidad de Georgetown, Yela cursó estudios primero en la Universidad Católica de Washington y después, hasta 1948, en la Universidad de Chicago (Yela, 1982), donde se formó con Thurstone (1887-1955) tanto en su concepción sobre la inteligencia como en la técnica de análisis factorial y, en general, en toda la orientación psicométrica. Más adelante también colaboró con Michotte en la Universidad Católica de Lovaina. Después de obtener la cátedra en 1957, Yela participó desde Madrid en todos los acontecimientos constituyentes de la psicología, en el desarrollo de instituciones, escuelas, tribunales, creación de facultades, tesis doctorales, en proporcionar impulso a discípulos que más adelante ocuparían cátedras y en múltiples investigaciones y publicaciones, principalmente sobre la inteligencia y sus técnicas de análisis, hasta convertirse en un referente obligado de la psicología española actual. No es de extrañar, por tanto, sino que es de justicia, el afecto y el reconocimiento que le profesan las generaciones actuales.

José Luis Pinillos (1919) consiguió por oposición, en 1961, una cátedra con el nombre de «Psicología» de la Facultad de Filosofía y Letras, y optó por la de Valencia, donde permaneció hasta 1966, año en que se trasladó a la correspondiente de Madrid cuando se jubiló Lucio Gil Fagoaga. Antes de obtener la cátedra, estuvo becado por el CSIC en el Instituto de Psicología de la Universidad de Bonn entre 1949 y 1950, pero su formación más significativa la realizó como becario del British Council en el Instituto de Psiquiatría del Maudsley Hospital de

la Universidad de Londres (1951-1953), principalmente bajo la supervisión de Hans J. Eysenck (1916-1997), pero en contacto con otros muchos psicólogos de aquel entorno como M. Shapiro o Hans Brengelman, que más adelante sería director del Departamento de Psicología de la Max Planck en Múnich. Pinillos fue posteriormente asesor o colaborador en múltiples instituciones extranjeras, doctor *Honoris Causa* por varias universidades, recibió premios y distinciones, entre las que destacan especialmente el premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales (1986) y su pertenencia a la Real Academia Española como miembro de número (1988). Sus publicaciones, conferencias e investigaciones tienen siempre un infrecuente equilibrio entre la sensibilidad hacia lo nuevo, respeto por lo empírico y positivo, sin renunciar a la reflexión personal, que le convierten en una figura única en el panorama de la psicología española. Por eso es sintomático que empezara trabajando sobre actitudes sociales, políticas y religiosas en épocas poco propicias, lo que le forzó a viajar por el exterior, y en los últimos tiempos ofrece aportaciones sobre psicohistoria y postmodernidad frente al realismo social existente, que lo obliga a viajar en solitario por el interior de su propio pensamiento. Aunque se ha escrito mucho sobre Pinillos, en términos de gratitud y reconocimiento, está pendiente todavía un estudio riguroso y en profundidad de su contribución al pensamiento social y psicológico en el panorama contemporáneo.

En cuanto a Miguel Siguán (1918), realizó las mismas oposiciones que Pinillos en 1961 a cátedras de «Psicología» de la Facultad de Filosofía y Letras y le destinaron a Barcelona, donde permaneció hasta su jubilación. Estudió Filosofía y Letras en Barcelona, y fue catedrático de Filosofía en enseñanza media en Santander entre 1943 y 1947. En 1950 viajó a Londres para formarse en psicología industrial en la London School of Economics, una especialidad que cultivó durante toda su vida profesional como lo demuestra creando una colección sobre *La empresa y el hombre* en la Editorial Rialp. Realizó una importante actividad docente en Barcelona, participando en la creación de instituciones, escuelas y centros, fue vicerrector en su Universidad entre 1979 y 1981, de tal forma que se le puede considerar como el artífice de la psicología catalana de la actualidad (Colegio Oficial de Psicólogos, 1991). Su contacto con la escuela de Piaget en Ginebra manifiesta otra de sus facetas más conocidas, la preocupación por la psicología evolutiva y de la educación, que le llevó a dirigir el Instituto de Ciencias de la Educación durante quince años. Además de su interés por la psicología industrial y la educativa, la tercera línea que le caracteriza y especialmente en los últimos tiempos es el tema del bilingüismo, tan-

to en su faceta psicológica como en su problemática educativa y social.

Es evidente que tres personas y tres cátedras no pueden representar toda la actividad desarrollada en la reconstrucción teórica y práctica de la psicología española de posguerra. No sólo sería injusto y beatífico, sino que iría contra cualquier posibilidad histórica, política y social. Pero también es cierto que resulta difícil, aunque no imposible, encontrar instituciones, autores e investigadores de esta época que no estén directa o indirectamente relacionados con estas personas y cátedras. Y, por otro lado, la brevedad de espacio incita al simbolismo.

2.4. *Profesionalización*

También en el caso de la psicología hay que hablar de una etapa en la que la actividad de unos cuantos se convierte en la profesión de muchos. Es difícil señalar el momento exacto, comienza tímidamente un poco antes de la transición política, se produce con fuerza pocos años después y es una realidad evidente a finales de siglo.

A finales de los años sesenta y principalmente durante la década de los setenta, los estudios universitarios de psicología comenzaron un proceso paulatino de diferenciación dentro de las facultades de Filosofía y Letras y poco después dentro de las facultades de Filosofía y Ciencias de la Educación. Aparecen secciones de Psicología en el seno de estas facultades, con distinta suerte y estructura en función de la universidad correspondiente. El proceso era imparable si se tiene en cuenta que en 1968 apenas había matriculados un par de cientos de estudiantes, mientras que en 1975 eran ya más de trece mil (Freixa, 2005). En la década de los ochenta aparecieron las facultades de Psicología, comenzando por la Complutense en 1980 e inmediatamente la de Barcelona, Valencia, las Autónomas de Madrid y de Barcelona, y una larga lista posterior hasta llegar a las más de treinta que existen en la actualidad. Los planes de estudio se sucedieron en cascada intentando actualizar los estudios, diferenciando progresivamente entre la formación básica y aplicada, entre lo teórico y la práctica profesional. Apareció el Colegio Oficial de Psicólogos y, por tanto, la regulación de la profesión, al mismo tiempo que las revistas especializadas se sucedieron unas a otras. A partir de los años noventa resulta difícil pensar en una psicología española con pretensiones de pedagogía social, en primer lugar porque se asemeja cada vez más a la que existe en cualquiera de los países de nuestro entorno y, además, porque la práctica pro-

fesional diversifica al máximo los procesos de formación hasta el punto de que es más realista hablar de ciencias psicológicas que de psicología a secas.

Puede suponerse que los comienzos de este proceso por los años setenta y en los alrededores de la transición política fueron especialmente complicados y con historias peculiares en cada universidad. La separación de los estudios de Filosofía resultó difícil, por no decir traumática, y la estructuración de las nuevas facultades desataron debates y luchas de poder que todavía tienen efectos residuales en la actualidad. Las tres cátedras que existían a finales de los sesenta eran claramente insuficientes para afrontar una situación como la que se estaba planteando y, así, se produjeron nuevas incorporaciones en la segunda mitad de los setenta de catedráticos que habían nacido casi todos entre finales de la Guerra Civil y el término de la mundial. Una de las características más destacadas de esta generación de catedráticos es que obtienen cátedras de Psicología, las únicas existentes en el momento, y terminan por trasladarse a otras con nombres más específicos.

Francisco Secadas (1917) pertenecía al núcleo original de Germain y, por tanto, era compañero de Yela, Pinillos y Siguán, pero había permanecido como profesor en el CSIC, en el Instituto Luis Vives y especialmente en el Instituto San José de Calasanz de Pedagogía, especialidad que cultivaba principalmente mediante el estudio de la evolución infantil. Poco después de que Pinillos dejara vacante la cátedra de Psicología de Valencia, al trasladarse a Madrid, la obtuvo por oposición Secadas a principios de los setenta y, más adelante, se trasladó a la Universidad Autónoma de Madrid. Más significativa es la incorporación de Heliodoro Carpintero (1939), que accedió a la cátedra de la Universidad Autónoma de Barcelona en 1976, después de unos años en Valencia, para volver a Valencia hasta que se trasladó en 1988 a la Universidad Complutense de Madrid. Carpintero fue catedrático de Filosofía en el Instituto de enseñanza media de Ciudad Real, mantuvo una estrecha relación desde los ocho años con Julián Marías, amigo de la familia, quien ejerció una influencia decisiva a la hora de orientar sus estudios y lecturas (Peiró, 2002). José Luis Pinillos dirigió su tesis de doctorado sobre el filósofo Maine de Biran y la mayor parte de sus trabajos se orientan hacia historia de la psicología, realizando una amplia labor en este campo y una extensa red de discípulos y colaboradores por muchas universidades españolas.

Vicente Pelechano (1943) estudió Filosofía en la Universidad de Valencia y en 1968 se trasladó a Madrid para ampliar su formación con Yela y con Pinillos. Poco después obtuvo una beca de la Max Planck

para trabajar en el Instituto dirigido por Hans Brengelman (1929-1999), con el que mantuvo relaciones de trabajo durante mucho tiempo y se inició en el análisis funcional de conducta. Accedió a la cátedra de Psicología de la Universidad de la Laguna en 1976, más tarde se trasladó a la Universidad de Valencia para regresar a La Laguna tiempo después, donde permanece hasta la actualidad. Sus trabajos e investigaciones le lleva a transformarse en catedrático de Personalidad, desarrollando una intensa actividad en modelos, evaluación psicológica y tratamientos, de tal forma que su especialización no le impide proponer concepciones generales sobre psicología y metodología. Es fundador y director de la revista *Análisis y Modificación de Conducta* (1975), una de las pocas revistas de psicología independientes, es decir, al margen de asociaciones, grupos editoriales o estructuras universitarias. Pelechano representa una de las opciones más potentes de la psicología española actual, que con frecuencia provoca fuertes reacciones a favor o en contra, pero siempre con el reconocimiento de su rigor metodológico, impacto profesional y reflexión intelectual. Poco después de la cátedra de Pelechano, José Luis Fernández Trespalacios (1934-2008) accedió también a una cátedra de Psicología que desarrolló principalmente en la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Madrid. Trespalacios, con una formación inicial en filosofía tradicional, reorientó su formación hacia una psicología experimental que tradujo en múltiples trabajos y manuales, de los que destacan sus análisis sobre psicología soviética y estudios sobre la *Gestalt*. Fallecido recientemente, sus publicaciones se utilizan en múltiples ámbitos para la enseñanza de la psicología.

En 1978 se distribuyen dos nuevas cátedras de Psicología, una en la Universidad Autónoma de Barcelona y otra en la Universidad de Santiago de Compostela, a las que accedieron respectivamente Cándido Genovard y Julio Seoane. Cándido Genovard (1939) estudió filosofía y pedagogía en Barcelona, se desplazó a Estados Unidos con una beca de la Fundación Ford durante los años 1973-1974 para ampliar estudios de pedagogía y psicología en Harvard y Massachusetts. En la Universidad Autónoma de Barcelona desarrolló una amplia labor institucional, docente e investigadora desde su cátedra, que se transformó en Psicología de la Educación, y desempeñó el rectorado de su Universidad en la primera mitad de los años ochenta. Sus trabajos sobre arte y educación, superdotados y psicología de la instrucción han marcado una línea de trabajo de especial impacto dentro del ámbito de su especialidad. Por otro lado, Julio Seoane (1945), autor de este escrito, estudió Filosofía en la Universidad de Valencia, formado principalmente en temas

de lógica y filosofía de la ciencia por Manuel Garrido, catedrático en Valencia y más tarde en la Complutense de Madrid. Estudió psicología con José Luis Pinillos en su etapa valenciana, colaboró con él en diversos temas e investigaciones, y ha mantenido tanto con Garrido como con Pinillos relaciones personales y de trabajo que continúan en la actualidad. En 1975 se trasladó a Santiago de Compostela, donde obtuvo la cátedra de Psicología (1978) y regresó a Valencia en 1980 a una cátedra de Psicología Social que continúa ejerciendo hasta el presente. Sus temas iniciales estaban relacionados con la computación, el lenguaje y la inteligencia artificial, así como los métodos de investigación estadística por computador. Más tarde tradujo (1976) y empleó en la docencia los primeros manuales de procesamiento de información y psicología cognitiva, que continuó utilizando en su etapa de Santiago de Compostela, así como la publicación de trabajos sobre esa orientación (1981, 1982). Iniciado por Pinillos en el estudio de la personalidad autoritaria, desarrolló temas de psicología política y publicó los primeros manuales sobre la materia (1988, 1990), y en la actualidad se dedica a los sistemas de creencias sociales. Es fundador y director desde 1982 de la revista *Boletín de Psicología*, así como uno de los fundadores y director asociado desde 1990 de la revista *Psicología Política*.

A partir de 1980 se produjo una ampliación muy considerable de cátedras de psicología, una gran parte especializadas que, junto con las sucesivas reformas de las leyes universitarias, constituye la tercera generación de catedráticos de posguerra. El Colegio Oficial de Psicólogos se constituyó en 1979 y la profesión se extendió bastante más allá de la actividad universitaria, lo que obligó a replantear los estudios, las orientaciones teóricas y las prácticas profesionales, en paralelo a lo que ocurre en otros países, dibujando una situación que se puede caracterizar perfectamente por el éxito social y por un futuro bastante impredecible.

En definitiva, pues, la psicología se inició en España con la ilusión del hombre del laboratorio, un hombre nuevo que no era responsable de los fracasos históricos recientes ni del pasado remoto. Después, cuando ese hombre sale a la calle y se confunde con la gente común, exige que las nuevas técnicas y aplicaciones le ayuden a convivir y adaptarse a la sociedad. Más tarde la academia se encarga de convertir el laboratorio y las aplicaciones en una institución imprescindible para el bienestar social. Por último, el sujeto experimental se transforma en ciudadano y asume la responsabilidad de su propio cuidado, profesionalizando la psicología en la mayor parte de los ámbitos de su vida cotidiana. Y así es como la psicología en España llega a formar parte de su propia modernización.

3. JOSÉ LUIS PINILLOS

Hemos dicho anteriormente que el pensamiento psicológico y social de Pinillos merece un análisis riguroso y en profundidad que todavía está por hacer. Y continuará estándolo, al menos por nuestra parte, porque sólo nos dedicaremos en lo que sigue a unas pinceladas que consideramos centrales o, si se prefiere, al concepto de la estructura de su pensamiento, por utilizar un término obsoleto de un Althusser ya olvidado.

De Pinillos se ha dicho casi todo, pero con frecuencia mediante yuxtaposiciones. Psicólogo eminente, merecedor de premios, reconocimientos y honores, que se interesa por la psicología científica y por temas como personalidad, percepción y actitudes, sin renunciar a tratar aspectos de método, epistemológicos, históricos y hasta filosóficos. Todo lo cual es absolutamente cierto, pero debe haber alguna razón de fondo que proporcione sentido al conjunto de este perfil. De momento nos limitaremos a algunas características generales.

Para empezar, es una de las raras excepciones que sirve de puente entre el pensamiento psicológico y social, algo muy poco frecuente. No es casual que sea el único psicólogo citado por Arboleya (1958) en su famoso artículo sobre la sociología en España:

De aquí procede que el hombre no vive en un medio, conjunto de estímulos, sino en un mundo, suma de realidades, mundo de cultura y mundo social. [...] Una escuela de psicología positiva, dirigida por Germain y de la que forma parte J. L. Pinillos, realiza un conjunto de investigaciones sobre actitudes, opiniones, propaganda, relaciones humanas, etc. «Desde hace tiempo se sabe, en efecto, que los juicios valorativos de carácter ideológico, las opiniones políticas, sociales y culturales son interdependientes, esto es, emergen a la vida pública consteladas en estructuras relativamente definidas, aislables y formulables por procedimientos científicos. Semejante circunstancia, es decir, el hecho de que las ideas políticas, las opiniones sociales, etc., posean una cierta interconsistencia u homogeneidad, es lo que posibilita la descripción científica de estados de opinión a través de una estimación estadística de determinados parámetros» (J. L. Pinillos). El resultado más interesante ha sido la investigación positiva sobre las actitudes políticas de los estudiantes españoles.

Psicología, cultura, sociedad y política son atributos que Arboleya adjudica al trabajo que Pinillos realizaba en sus primeros tiempos, re-

conociendo así su carácter integrador y su contribución a la problemática sociológica.

Desde entonces, Pinillos desarrolló su pensamiento a través de libros, conferencias y artículos, casi siempre forzado por las circunstancias y los compromisos, pero con una tendencia que evoluciona en función del contexto histórico y las circunstancias sociales y políticas. Mencionaremos solamente tres libros que simbolizan momentos clave de la misma tendencia en versiones adecuadas a la época en que se escribieron: *Introducción a la psicología contemporánea* (1962), *La mente humana* (1969) y *El corazón del laberinto* (1997).

La *Introducción* es fruto de la memoria de cátedras y, por tanto, constreñida a la necesidad de realizar un repaso general de la psicología del momento manteniendo las formas apropiadas a una situación de oposición. Con todo, el panorama es más moderno que algunos manuales de la época y muchas de sus valoraciones tienen pleno sentido hasta el momento actual. Prologado por Germain, tiene tres grandes secciones sobre la psicología en su historia, la psicología como ciencia y perspectivas filosóficas, donde plantea el «fondo de la cuestión» diciendo que realmente inquieta imaginarse lo que puede ser del mundo si estas ciencias —que tratan del hombre, pero que no son una continuación de las humanidades clásicas— continúan progresando al ritmo actual y llegan a ser monopolizadas por grupos de presión sin escrúpulos. Tampoco se ve muy claramente, añade, lo que pasará si de meros saberes explicativos del *cómo* del comportamiento, las nuevas humanidades se transforman en saberes normativos que dicten los *qué* fundamentales de la existencia. Como vemos, Pinillos se inquieta con moderación por la utilización interesada de estas ciencias, plenamente justificadas como intentos explicativos, pero peligrosas cuando intentan abarcar la totalidad de la existencia y convertirse en normas al servicio de poderes ilegítimos. Una preocupación interesante en un psicólogo positivo de principios de los sesenta, donde los meros saberes explicativos se convierten en grandes narraciones que intentan controlar nuestras vidas.

La mente humana está considerada como un libro de divulgación, una mala consideración bajo mi punto de vista, ya que puede ser gratamente leído por un profano pero que plantea al especialista los principales problemas de una psicología abarcadora, obligándolo a tomar partido, rechazar, criticar, completar, asumir o profundizar en los núcleos básicos del pensamiento psicológico actual. Debería estar catalogado como un clásico, en el sentido estricto de fuente continua de sugerencias, de nuestra literatura psicológica. Pues bien, Pinillos continúa

manifestando en esta obra cierta inquietud hacia los grandes relatos del mundo técnico y a la aceptación del progreso en la modernidad, sin llegar a rechazar su importancia ni sus contribuciones. Al comienzo del prólogo de la primera edición, su primer impulso es mantener que el hombre primitivo sabía muy pocas cosas acerca del mundo exterior, pero creía muchas sobre el mundo interior y el otro mundo. A nosotros, continúa, nos ocurre hoy justamente lo contrario [...], la credulidad científica de nuestro tiempo no conoce límites. Es evidente que Pinillos mantiene la misma tensión intelectual que en sus primeros trabajos, la necesidad del conocimiento científico y positivo sin renunciar a la historia y la cultura. Sin llegar a plantearse todavía el posible agotamiento de la modernidad, la desconfianza y la sospecha aparecen una y otra vez a lo largo de sus investigaciones sobre el hombre y la sociedad. Hacia el final de esta obra aflora de nuevo el «fondo de la cuestión», cuando dice que la falta de cultura —que lleva consigo la falta de desarrollo del instrumento intelectual por excelencia, esto es, del lenguaje— recluye generalmente al ser humano en un nivel de pensamiento concreto. Pinillos ahora ya tiene todos los elementos para el último salto de su pensamiento, desconfianza hacia la fe científica y hacia las grandes narraciones, la importancia de la historia, el lenguaje y la cultura, y los peligros de la superstición, el autoritarismo y los prejuicios.

Era inevitable, afortunadamente, que Pinillos terminara escribiendo una «crónica del fin de una época», precisamente el subtítulo de su libro *El corazón del laberinto*, una obra madura sobre el análisis de la sociedad moderna, sobre el postmodernismo bien entendido, si se prefiere. Desde el primer momento era consciente de que iba a molestar a muchos, aunque nos deleitó a otros, que intentarían pasar por alto su escrito como una rareza intelectual de un psicólogo eminente. No sólo era consciente sino que, como buen psicólogo, anticipó en el prólogo la reacción que iba a producir diciendo que hablarle del fin de la modernidad a un pueblo que trataba de modernizarse a toda prisa y de consolidar la democracia era, desde luego, igual que mentar la soga en casa del ahorcado. Y así fue, pero cada vez menos, porque los acontecimientos, destacan cada día más sus previsiones y diagnóstico. A la vista de la complejidad de lo que ocurre, concluye Pinillos, la universalidad y el determinismo de la modernidad se encuentran con una visión del mundo donde el pluralismo, la ambivalencia y el carácter contingente de la acción humana llevan la voz cantante. En los últimos años, continúa, se va cayendo en la cuenta de que la postmodernidad no es una modernidad que se haya vuelto loca, sino más bien una

modernidad que ha empezado a tomar conciencia de su locura. Hasta aquí, Pinillos. ¿Puedo añadir por mi parte que no hay mejor labor para psicólogos y sociólogos del siglo XXI que diagnosticar y tratar esta locura?

José Luis Pinillos se enfrentó durante toda su vida intelectual al dilema de la psicología como historia o como naturaleza, y continúa empeñado en entender cómo la sociedad afronta en la práctica diaria este problema. Posiblemente sea éste su auténtico legado para los psicólogos y sociólogos del nuevo siglo.

4. PORVENIR Y PEDAGOGÍA DE UN SIGLO ACABADO

Resulta complicado concluir sobre el pensamiento psicológico y social de España en el siglo XX. Si concebimos ambas disciplinas, la sociológica y la psicológica, como edificios que se construyen ladrillo a ladrillo con el azar histórico como argamasa, entonces habrá que decir que España ha contribuido poco al proceso, a lo sumo con algún ornamento más o menos vistoso y decorativo. Por el contrario, si imaginamos ambas disciplinas como una actividad y una reflexión inevitable sobre la propia sociedad y sus ciudadanos, recogiendo de aquí y de allá los elementos necesarios para una digestión adecuada de lo ajeno, entonces el pensamiento psicológico y social español cumplió adecuadamente su función, teniendo en cuenta que siempre pudo ser de otra manera.

El siglo pasado nos cogió solos y aislados por una larga tradición de errores históricos que casi siempre nos hicieron combatir cualquier reforma que viniera del exterior. Además, sufrimos los horrores de una guerra civil y observamos con ansiedad expectante otras dos mundiales. La consecuencia fue un sentimiento de imperiosa necesidad de cambio, a veces sin saber muy bien cómo ni hacia dónde. Sociología y psicología fueron, entre otros, nuevos instrumentos al servicio de esa esperanza de renovar la sociedad y los individuos. Con frecuencia sólo se consiguió remozar las instituciones manteniendo la misma política conservadora, modificar las formas culturales dentro de una visión tradicional y modernizar las relaciones sociales siempre que se mantuviera la misma familia y los sentimientos convencionales. Con estas premisas, todos los regímenes políticos fomentaron ambas disciplinas (Garzón, 1993), contra todo pronóstico, pensando que eran simples adornos que nos harían más atractivos al exterior sin necesidad de cambiar nada fundamental. Es por eso que ambas disciplinas han te-

nido representantes apasionados que provenían de los grupos políticos, sociales y religiosos más diversos. Afortunadamente no sabían entonces que los adornos se iban a convertir en la era de la información, mientras que los grandes edificios serían material obsoleto.

En términos generales, la mayor equivocación cometida en nuestro ámbito fue la separación casi absoluta, con muy pocas excepciones, entre sociólogos y psicólogos. Es cierto que en el exterior también existía, pero allí era un matrimonio mal avenido mientras que aquí se rechazó como una relación incestuosa. Bien parecía que la sociología era un tema ministerial mientras que la psicología pertenecía a la beneficencia, cuando en realidad todos los grandes de ambas disciplinas han recorrido el camino en ambos sentidos por mucho que tropezaran en el trayecto. Un planteamiento más flexible hubiera potenciado la eficacia y la potencia teórica de las dos, como ya empieza a plantearse entre los profesionales actuales.

En los dos casos, sociología y psicología, han terminado el siglo con una actividad profesional compleja y problemática, pero que en ningún momento se plantea como función el porvenir de España ni su pedagogía social. Entre otras razones porque nuestros demonios históricos están diluidos en la postmodernidad y el demonio también se ha globalizado. El problema ahora es más modesto, consiste simplemente en ayuda a entender y a convivir en una sociedad que no tiene límites ni fronteras, con características que describimos una y otra vez, pero que no acabamos de comprender ni conseguimos diagnosticar. En este sentido, psicología y sociología cumplen ahora la función del óxido nítrico que inhalaba William James cuando intentaba comprender a Hegel. Es decir, cuando creemos haberlo conseguido, el efecto ya pasó y las circunstancias ya han cambiado. Y ése es el nuevo reto del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

- BANDRÉS, J., LLAVONA, R. y CAMPOS, J., «Luis Simarro», en M. Saiz y M. Saiz (eds.), *Personajes para una historia de la psicología en España*, Madrid, Pirámide, 1996.
- CAMPO, S. del (ed.), *Historia de la Sociología española*, Barcelona, Ariel, 2001.
- CARPINTERO, H., *Historia de la Psicología en España*, Madrid, Ediciones Pirámide, 2004.
- CASTILLO, J., «Ortega y Gasset y sus discípulos», en S. del Campo, *Historia de la Sociología española*, Barcelona, Ariel, 2001.

- «Colegio Oficial de Psicólogos: Biografía de Miguel Siguan», *Papeles del Psicólogo*, núm. 50.
- COLLIER, G. *et al.*, *Escenarios y tendencias de la Psicología social*, Madrid, Tecnos, 1996 (1991).
- FREIXA, M., *Informa Planes de Estudio y Títulos de Grado de la ANECA*, 2005.
- GARZÓN, A., «Psicología política en España», *Boletín de Psicología*, 39, 1993, págs. 35-65.
- GERMAIN, J., «Autobiografía», *Revista de Historia de la Psicología*, 1, 1-2, 1980.
- GINER, S., «La sociología española durante la dictadura franquista», en S. Giner y L. Moreno (eds.), *Sociología en España. Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, Madrid, Instituto de Estudios Sociales Avanzados, 1990 (1977).
- GÓMEZ ARBOLEYA, E., «Sociología en España», *Revista de Estudios Políticos*, 1958, págs. 47-83.
- MIGUEL, A. de, *Sociología o subversión*, Barcelona, Plaza y Janés, 1972.
- MÜLBERGER, A., «Spanish experience with German psychology prior to World War I», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. 44(2), 2008, páginas 161-179.
- NÚÑEZ ENCABO, M., *El nacimiento de la Sociología en España: Manuel Sales y Ferré*, Madrid, Editorial Complutense, 1999.
- PEIRÓ, J. M. (ed.), *Del estímulo a la persona*, Valencia, Universidad de Valencia, 2002.
- PINILLOS, J. L., *Introducción a la Psicología contemporánea*, Madrid, CSIC, Instituto Luis Vives de Filosofía, 1962.
- *La mente humana*, Madrid, Salvat Editores, 1969.
- *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época*, Madrid, Espasa, 1997.
- SAIZ, M. y SAIZ, M. (eds.), *Personajes para una historia de la psicología en España*, Madrid, Pirámide, 1996.
- YELA, M., «Autobiografía», *Revista de Historia de la Psicología*, 3, 4, 1982.
- ZARCO, J., «El funcionalismo y la “sociología empírica”», en S. del Campo, *Historia de la Sociología española*, Barcelona, Ariel, 2001.